

MEMENTO MORI

Carmen González Huguet

*"...y no halle cosa en que poner los ojos
que no fuera recuerdo de la muerte"*

QUEVEDO

I

Es la sombra que viene,
La garra preparada
Para el golpe certero,
La mirada en alerta
Que busca, sigue, acecha.

Nada se escapa al ojo
Implacable y absorto.
Nada al cruel arrebato.

Cuando la furia cae
Rasgando piel y carne,
Y la vida se escapa,
Y la sangre se amansa,
Y se instala la muerte;
Entonces comprendemos
Que el mayor enemigo,
El más voraz y aleve,
Nos hiere siempre el último
Desde adentro del pecho.

II

Ya no te creo, ciudad, el paraíso,
El eterno jardín donde la dicha
enciende
Sus fuegos de San Telmo.

Tampoco te concibo como la
cuna de las ilusiones,
O el rincón iluminado
Por las luces secretas del deseo.

Caída la venda de los espejismos,
Eres tan sólo ese paisaje sórdido
Donde rufianes y tahúres
Se tasan mutuamente,
Mientras los mismos tiburones
Se mastican sin pausa
Con sus dientes de oro.

La araña teje su tela, indiferente,
Mientras tanto.

Tarde o temprano,
Cualquiera ha de caer.

III

No tengo escapatoria.
Me disecciona el tiempo, me
[diluye,
Disuelve esta mirada, estas dos
manos,
Esta cruel suavidad de mis
[mejillas,
La acuosa transparencia de mis
[ojos.

Erosiona el delirio que alimenta
La fuerza de mis pasos.
Me condena a este tedio sin
[raíces,

A la profunda y constante
[frustración.

Estoy presa en el fondo de esta
cárcel de huesos,
Donde nervios y músculos me
sostienen y ahogan.

En este nido soy
El polluelo del pájaro.

La única salida
Es echar a volar.

IV

¡Ah, si me disolviera!
Si me volviera de agua,
Si hecha gota en tu río

Pudiera hallar el mar.

Si derramada toda
Me bebieras entera.
Si alimentara tu hambre
Y escaldara tu sed.

Si líquida y extensa
Encontrara en tu cuerpo
Forma definitiva.

Si así, ya confundida
Contigo, te saciara.

Si convertida en río
Fuera un sorbo de sed.

V

Baja el pálido párpado sobre el
ojo cortado.
Baja la antigua lágrima sobre el
día encendido
Con su hoguera cegando
Niñas de labios verdes
Y abriendo el vientre henchido
de madres inseputas.

¿Quién dijo esa mentira
odiosa
como la dulce dictadura
de la maestra infame
que día y noche nos miente la
bondad de las naranjas,
de la regla de tres
y de Dios padre
siempre tan maternal, austero y
tan lejano?

Vivo en un país triste,
Encandilado por el humo,
Alucinando con supercherías
[azucaradas

Como patria,
fútbol,
revolución o muerte,
donde los ángeles olvidan
en las manos de los niños
las navajas de noche
para que deliciosamente se
[acuchillen,
mientras el pobrecito poeta siga
repetiendo en voz alta
el gran poema del largo
tragaespadas,
y nuevos novelistas
instalen en la muerte
al mártir para siempre.

VI

La paz, esa dolida
Farsa, esa dulce
Mentira, ese puñal

Clavado con banderas
Y con himnos de fondo.

Esa utopía mil veces postergada.
Esa hipoteca que pesa
Sobre todos nosotros,
Engordando los réditos
De la próxima guerra.

VII

Pasó el guardia vendiendo su
[picana,
Y el policía ofreciendo su
[garrote,
Y el guerrillero regateando su
[fusil,
Y el rompehuelgas alquilando sus
[infamias,
Y el demagogo usufructuando a
[su mamá.

Pero en la caja,
Cerrada firmemente,
Sólo quedó una pluma
Ensangrentada.

VERSOS DE LA CAPITANA

Mario Noel Rodríguez

Metida sin descanso en las brasas de mis brazos,
jurando sentar las bases de locura alterna,
labor en la que los pájaros danzan hasta perder la
cabeza,
mientras en el estercolero de la memoria busco,
peleo, divago, saco de la nada vientos.

Metida en la ordinaria crucifixión de las tardes,
paloma que rasca con la voluntad de encontrarme,
de encontrarme concentrado en su corazón de pegaso,
en su vientre que revela edenes a manos repletas.

Metida en mí, en la secreta avalancha,
te nombro capitana de mares,
aguas en las que Neruda buscaba hasta el suicidio
versos para sus más musas